



Jiasú
y el **viento**

Leer para lograr en grande

Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**

Jiasú y el viento

María Elena García Reyes

Rocío Solís Cuevas, ilustración

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Jasú y el viento

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura. 2009

© Segunda edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© María Elena García Reyes, por texto

© Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-462-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/105/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.





Al mediodía se encuentra una pequeña observando desde una loma el paisaje geográfico de su tierra: Villa de Allende, municipio del Estado de México, el cual presenta una zona baja de llanuras con pequeñas lomas y una zona montañosa; primero ve el Cerro del Zapatero; después recorre con la vista los cerros de Los Cántaros, El Piloncillo, La Calera, La Palma, y el de La Sabana.

Como queriendo atrapar el aire, la niña abre sus brazos, éste le trae una combinación de esencias provenientes de los pinos, cedros, fresnos, eucaliptos, ailes, sauces llorones, robles, truenos, jacarandas y casuarinas, que se mueven al suave vaivén del viento. Cierra los ojos y respira para percibir los aromas. Empieza a girar, primero lentamente y después más rápido, hasta caer con los brazos abiertos sobre la hierba que cubre la tierra. En esa posición, abre los ojos y observa el cielo azul cubierto de nubes blancas, entre ellas descubre figuras diversas y se entretiene pensando:

—Ésa de ahí parece un borrego que está echado, aquélla es un león con su gran melena y ésta es una mariposa. Si yo fuera una mariposa —piensa Jiasú—, podría volar entre esos árboles y olería cada uno para recordar su nombre y su aroma. Si pudiera, llevaría en mis alas los colores de las flores, ¡sería una mariposa con muchos colores! Sí, eso sería, una mariposa y volaría entre las flores. Mis colores cambiarían según la flor en la que me detuviera. Si la flor es blanca, mis alas serían blancas; si es azul, mis alas serían azules. ¡Oh, qué bello sería eso! Siendo mariposa le robaría a cada

flor un poco de color y lo pondría en mis alas. ¡Eso sería lindo, una mariposa de muchos colores!, ¡oh, qué felicidad!, ¡si además del color de sus pétalos en mis alas, pudiera tomar su perfume y llevarlo por todo el campo!, ¡oh! —sus suspiros se mezclan con el viento.

—Jiasú, Jiasú, Jiasú, ¿dónde estás, muchacha? —es la voz de su mamá que interrumpe su ensoñación.

—Ya voy, mamá.

Jiasú se levanta rápidamente y corre hacia su casa, que se ve desde el lugar donde está. Antes de llegar, se da cuenta de que la casa aún tiene algunas características de las viviendas tradicionales de los mazahuas, grupo indígena del Estado de México al que pertenece; es de forma cuadrangular, la construyó su abuelo paterno con cuatro postes de madera alrededor de los cuales tejó una red de carrizo con barro y la techó con tejamanil. Su papá ya cambió el techo por teja y también construyó otros cuartos de adobe y de piedra.

La casa se localiza a un lado de la parcela donde siembran maíz, frijol y haba; una pequeña área la dedican a la hortaliza en la que tienen jitomate, tomate, cilantro y chile manzano.

Tiene un altar familiar o *nitsioni*, pintado de blanco, en donde veneran a la Cruz que se encuentra afuera de la casa; el tres de mayo ellos hacen fiesta y comida para todos los que quieran acompañarlos.



En los límites de la parcela hay árboles de capulín, durazno, nuez, membrillo, chabacano, aguacate y tejocote, además de perales de diferentes variedades, ciruelo amarillo y rojo, manzano e higuera. Todo esto lo mira Jiasú mientras corre hacia su mamá. La señora se encuentra en el umbral de la casa y la espera mientras se seca las manos en el delantal. Al verla llegar, le dice:

—¡Hay que ir por pastura para los animales!

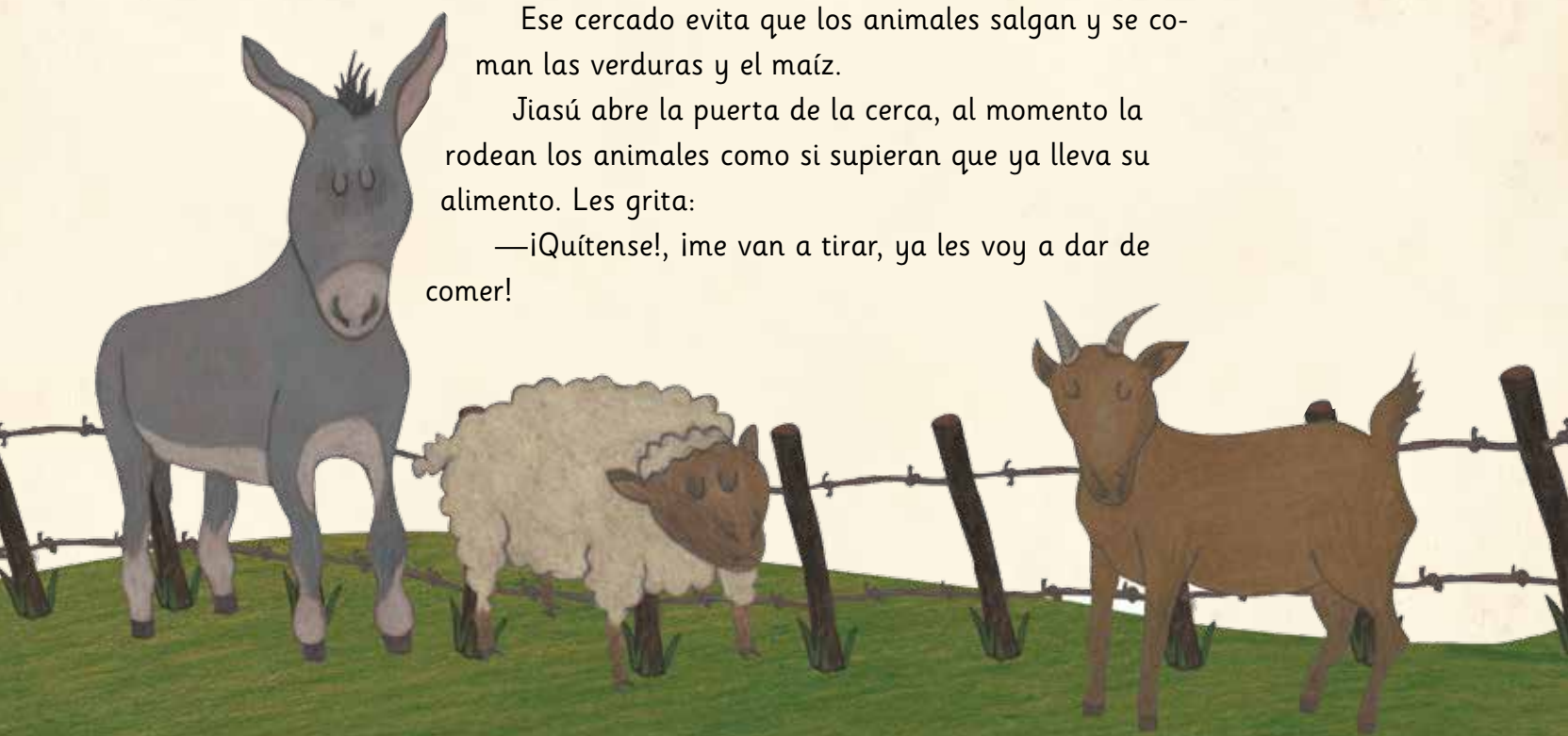
—¡Sí, mamá, en este momento voy!

Jiasú camina entre la milpa para cortar la hierba que crece en un área de la parcela y regresa con un manojito en los brazos. Va hacia donde se encuentran, cercados por vallas de madera, los borregos, las cabras y los dos burros que posee la familia.

Ese cercado evita que los animales salgan y se coman las verduras y el maíz.

Jiasú abre la puerta de la cerca, al momento la rodean los animales como si supieran que ya lleva su alimento. Les grita:

—¡Quítense!, ¡me van a tirar, ya les voy a dar de comer!



Les avienta la hierba en el piso y, en un gran cuenco de madera al que llama batea, les pone el agua.

No siempre alimenta a los animales así; en otras ocasiones se los lleva a pastar al campo, donde los deja desde la mañana y los va a traer por la tarde, antes de que se oculte el sol.

Alimentar, cuidar y limpiar a los animales es una tarea que asumen las mujeres mazahuas; Jiasú, su hermana, su mamá y su abuela lo aceptan así.

Jiasú cierra la cerca y deja a los animales comiendo. Camina hacia el granero a traer el maíz, para eso tiene que atravesar el solar que se encuentra enfrente de la casa. El solar es una explanada que les sirve para poner el maíz cosechado y que dejan secar, para después desgranarlo y guardarlo en el granero.

Ya en el granero, Jiasú toma el maíz con un cuenco y empieza a llamar a las aves de corral:

—¡Pío, pío, pío!



Al oír este sonido, los gallos, gallinas y pollos se juntan y les deja caer el maíz, por lo que las aves, haciendo un ruido ensordecedor, empiezan a comer.

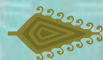
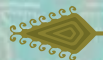
—¡Oye, tú, negra, deja comer a los otros, no eres la única!
—le dice Jiasú a una gallina y trata de espantarla, pero lo único que logra es que todos se vayan por un momento, con más alboroto—. ¡Cállense, me voy a quedar sorda!

El ruido dura poco tiempo porque las aves regresan a comer.

Ahora tiene que alimentar a los pollitos que no comen los granos así, por lo que Jiasú va a la cocina por maíz cocido y molido, del mismo que utilizan para hacer las tortillas; lo trae en una lata de sardina y sólo le agrega un poco de agua. Lo pone en el suelo, muy cerca de donde está la gallina con sus pollitos, dos negros, seis amarillos y uno café.

—Aquí está su comida, vengan
—les dice Jiasú como si la entendieran.

Ante el olor de la masa se acerca la gallina y empieza a simular que come, tal parece que les



dijera a los pollitos: “miren, así se hace”. Poco a poco se acercan, la imitan y empiezan a comer; la gallina los deja y va a comer donde se encuentran las demás.

En el gallinero hay otra gallina que está empollando, Jiasú le lleva maíz hasta donde se encuentra.

—Ten, ven a comer para que tengas fuerza para seguir echada y tus pollos rompan ya el cascarón.

La gallina se levanta del nido con las plumas esponjadas y cacareando, come un poco y se regresa al nido. Así la deja Jiasú. Ahora busca a su mamá y le pregunta:

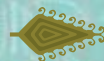
—¿Ma’, voy por agua?

La mamá le contesta:

—Sí, muchacha, ya sabes que se necesita para la comida.

Jiasú corre a la cocina que es un cuarto de madera, ahí toma el cántaro que se cuelga a la espalda y con él baja por una vereda que la conduce hasta el ojo de agua; así se le conoce al manantial que provee a la comunidad, originado por la filtración de agua de lluvia.

Al manantial lo han dividido con piedras en dos partes: una de ellas, que es donde brota el agua, se destina para el uso doméstico; la otra, que forma parte del curso que sigue para desembocar en el río San José, se utiliza para que las mujeres desarrollen otra actividad, también responsabilidad suya: el lavado de la ropa de toda la familia.



Jiasú, al llegar al manantial, saluda a una señora que está llenando dos cántaros, uno para ella y otro para su hija.

—¡Buenas tardes, madrinita!, ¿cómo está?

Se acerca a la señora, que es una persona mayor, se inclina en señal de reverencia y le besa la mano.

La señora le contesta:

—¡Bien, Jiasú!, ¿y mi comadrita?

—¡Bien, gracias!, está haciendo la comida.

Jiasú llena el cántaro, metiéndolo con suavidad al manantial para no revolver el agua, porque de lo contrario llevaría agua con arena, eso se lo enseñó su mamá.

Una vez que se llena el cántaro, lo saca con cuidado y se lo vuelve a colocar sobre la espalda; regresa a su casa con más cuidado para no mojarse ni tropezarse y romper el cántaro.

En una ocasión se encontró con otros niños en el manantial. Al regreso iban jugando por lo que, además de mojarse la espalda porque al



correr se riega el agua, no se dio cuenta de una piedra, tropezó y al caer se rompió el cántaro. Al llegar a su casa llorando, mojada y sin el cántaro, la regañó su mamá. Desde entonces, tiene mucho cuidado.

Al regresar con el agua, va hasta la parte más oscura de la cocina, que está alejada del fogón, donde un cántaro más grande mantiene el agua fría y limpia; en él vacía la que acaba de traer.

Los sábados, después de desayunar muy temprano, Jiasú, su mamá y su abuela, cargando cada una un bulto de ropa, y sus hermanos pequeños las cubetas en donde llevan jabón de pasta y de polvo, se van al ojo de agua.

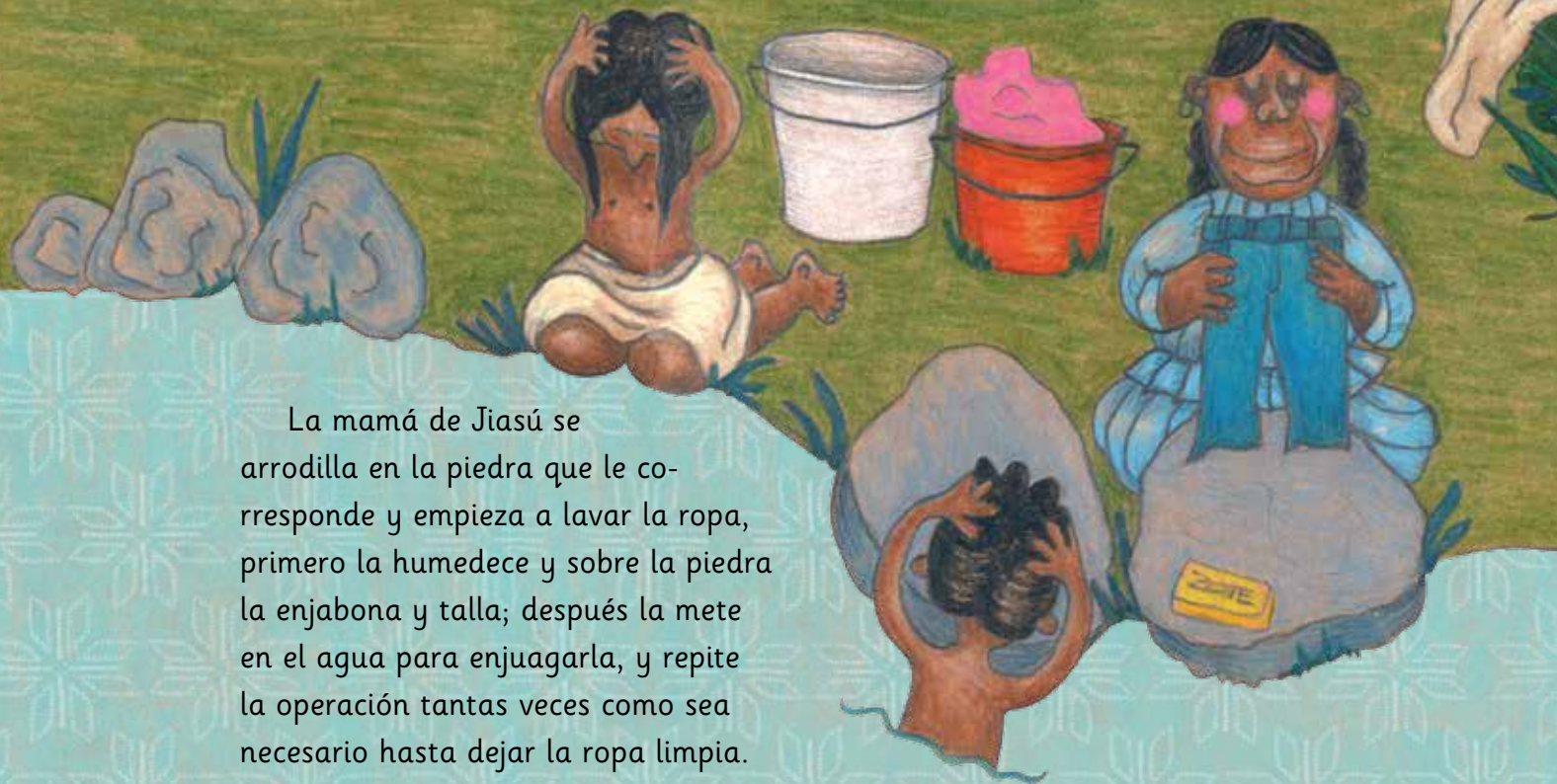
El manantial se convierte en el punto de reunión de la comunidad.

Al llegar, Jiasú y su familia dan los buenos días a las mujeres que con sus hijos pequeños ya se encuentran ahí.

Desamarran los bultos de ropa, donde ya traen separada la blanca, la de color y la oscura; en las cubetas, con agua y jabón en polvo, las ponen a remojar.

La mamá de Jiasú y su abuela ya tienen un lugar para lavar, en el que el papá de la niña colocó dos piedras planas de alrededor de treinta por cincuenta centímetros, en forma inclinada, la parte más alta sobre la tierra para que las mujeres arrodilladas puedan tallar la ropa, y la parte más baja dentro del agua.





La mamá de Jiasú se arrodilla en la piedra que le corresponde y empieza a lavar la ropa, primero la humedece y sobre la piedra la enjabona y talla; después la mete en el agua para enjuagarla, y repite la operación tantas veces como sea necesario hasta dejar la ropa limpia. Cuando termina la exprime y la coloca en una tina para que Jiasú la extienda sobre los arbustos o matorrales que se encuentran cerca.

Mientras espera que haya ropa para tender, Jiasú se entretiene con sus pensamientos:

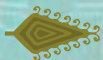
—¡Éste es un lugar hermoso!, tenemos mucha agua. ¡Cuánta gente viene a este lugar!, ¡y todas parecen tan felices!, se olvidan de todo y sólo se dedican a platicar lo que sucedió en la semana.

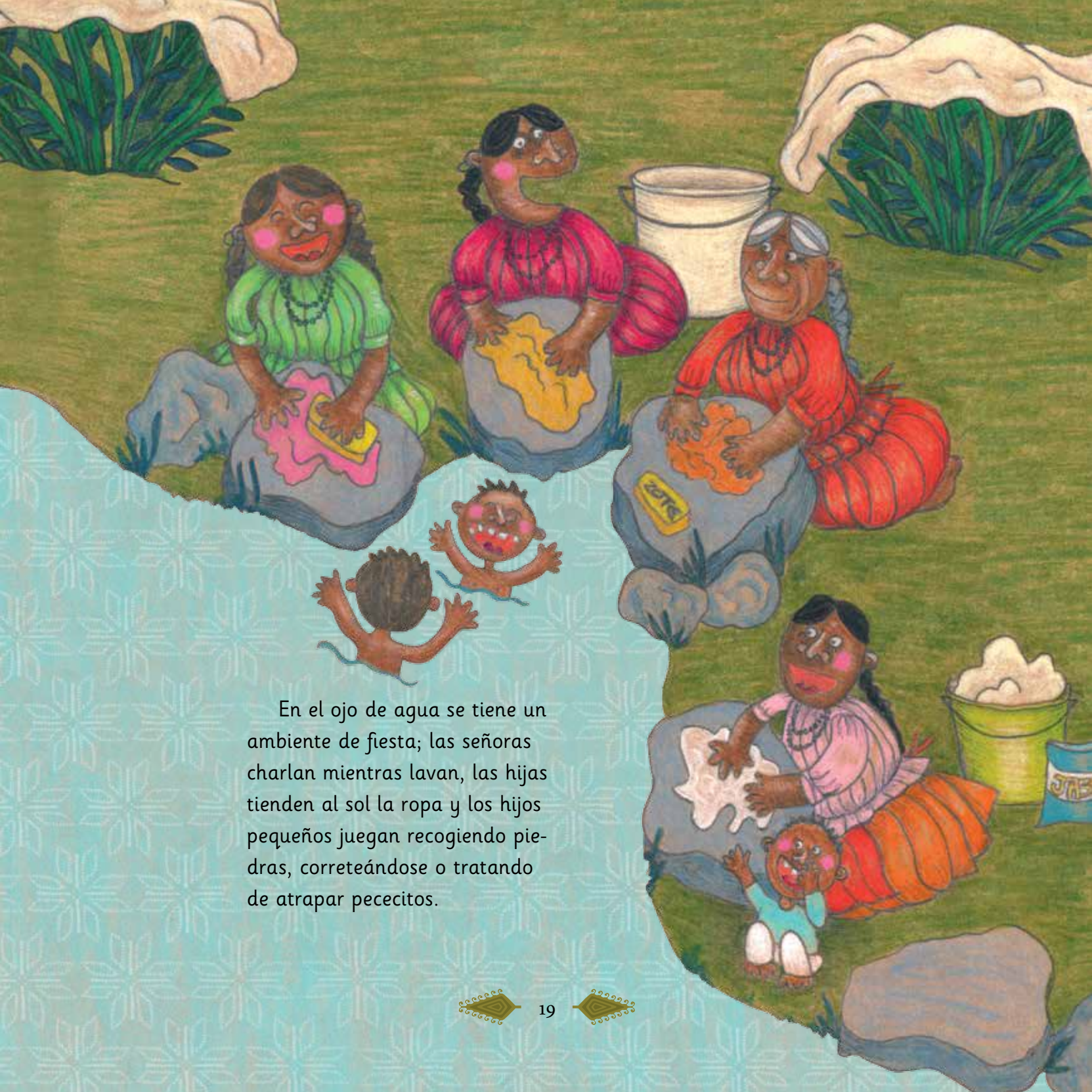
Jiasú va por una bandeja, toma el agua directamente del manantial y se la bebe de un solo trago:

—¡Qué rica está!

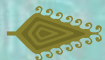
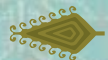
—Muchacha —le dice su mamá—, dame agua que tengo sed.

Jiasú le pasa la bandeja y su mamá bebe.





En el ojo de agua se tiene un ambiente de fiesta; las señoras charlan mientras lavan, las hijas tienden al sol la ropa y los hijos pequeños juegan recogiendo piedras, correteándose o tratando de atrapar pececitos.





Al mediodía, cuando ya terminaron de lavar, la mamá de Jiasú llama a los más pequeños.

—¡D'axtú y Tsijiarí, ya dejen de jugar y vengan acá!

Los dos hermanos corren hacia donde está su mamá.

—¡Quítense la ropa y métanse al agua!, ¡y tú también, Jiasú!

Los dos se quitan la ropa y se meten al agua; mientras la abuela lava la ropa que se acaban de quitar, la mamá los baña dentro del agua. Primero les lava el cuerpo y después la cabeza; al terminar los envuelve en una toalla y los sienta fuera del manantial, cerca de ella.

Jiasú se baña y se viste, su mamá hace lo mismo, para lo cual se mete al agua y en cuclillas se sube la falda blanca hasta el cuello y se baña rápido; al terminar se viste y se peina, después viste a sus hijos.

Ya que están todos bañados, la mamá, la abuela y Jiasú recogen la ropa; en un bulto colocan la ropa seca, en otra la ropa que ya casi se secó y, la que acaban de lavar, la colocan en una cubeta, en la otra cubeta ponen el jabón. Se despiden de todos.

—¡Nos vemos, que terminen pronto!



Se encaminan a su casa cruzando las veredas, todo el recorrido lo hacen en silencio, cada uno ensimismado en sus pensamientos:

—¡Qué bonito es el deber cumplido!, ¡ya llevamos toda la ropa limpia! —piensa Jiasú, que lleva sobre su espalda la cubeta con la ropa mojada, su mamá se la amarró con un rebozo; y ahí va la pequeña caminando con un suave vaivén.

Al llegar a casa, Jiasú tiende la ropa al sol sobre mecates para que se seque. La madre y la abuela están en la cocina preparando la comida que consiste en quelites, frijoles, salsa, agua y tortillas.

La abuela le pregunta a su hija:

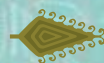
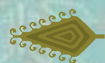
—¿De qué hago la salsa ahora?

La mamá de Jiasú le contesta:

—Si quieres de tomate, chiles serranos, ajo y cebolla.

La abuelita saca el molcajete y muele los ingredientes de la salsa. Mientras tanto, la madre de Jiasú coloca cerca del fogón el metate, para darle la última molienda a la masa y preparar las tortillas que pone a cocer en el comal, y cuando ya están listas las pone en el chiquihuite envueltas en una servilleta para que se conserven calientes.

La masa que utiliza la preparan desde un día antes, cuecen el maíz en agua con cal, lo dejan reposar durante la noche, tiempo en que revienta y se separa la cáscara para facilitar la molienda; esta preparación se llama nixtamal.



Por la mañana, se enjuaga para eliminar el exceso de cal y se muele para formar la masa; antes lo molían en el metate. Jiasú es la encargada de llevar el nixtamal al molino del pueblo.

Jiasú y D'axtú van a la cocina y le preguntan a su madre:

—¿En qué ayudamos?

La madre, quien muele la masa en el metate para hacer las tortillas, les dice:

—¡Pongan la mesa, ya vamos a comer!

Las dos niñas colocan el agua y la salsa en la mesa de madera, cubierta con un plástico de colores, que se encuentra muy cerca del fogón.

Jiasú observa que en el comal se encuentran las ollas y cazuelas con los alimentos hirviendo, y las tortillas cociéndose; contiene el aliento para saborear los ricos y variados olores de la comida:

—¡Hum, qué rico!

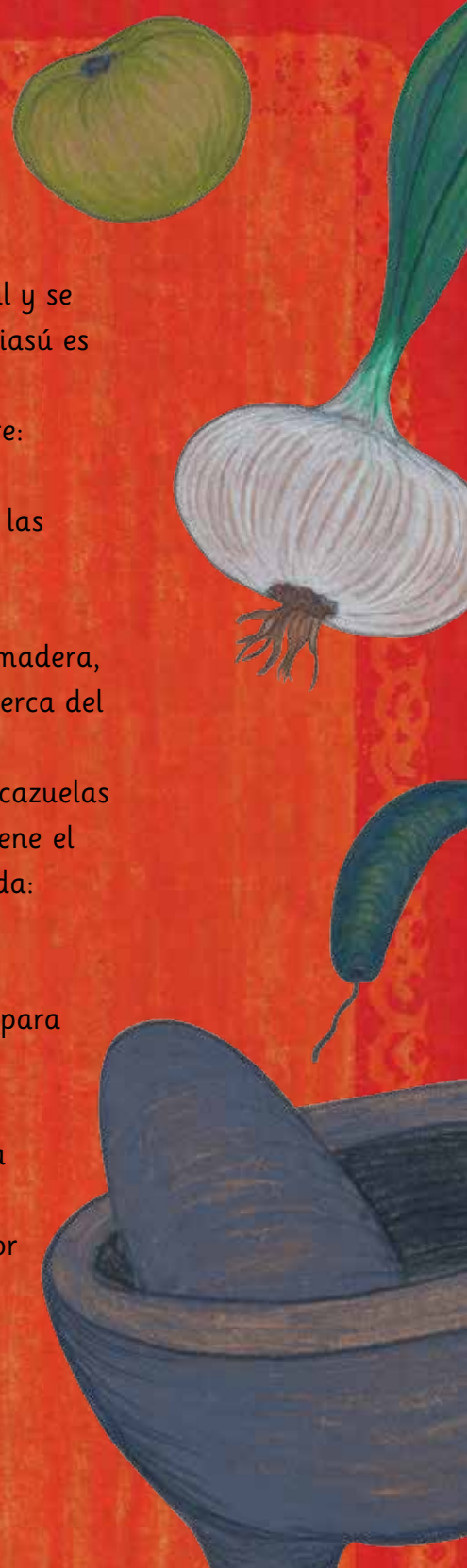
Su mamá interrumpe sus pensamientos cuando le dice:


—Ve a llamar a tu papá, a tu abuelo y a tus hermanos para que vengan a comer; ya está todo listo.

D'axtú sale corriendo y grita:

—¡Papá, abuelito, Fantejé, Mejiesé, Tsijiarí!, ¡ya vamos a comer!

Poco a poco se acercan a la cocina y se sientan alrededor del fogón, en unos troncos de más o menos cuarenta centímetros de alto.





La abuela de Jiasú les sirve los alimentos en unas cazuelitas, la mamá come y al mismo tiempo sigue haciendo las tortillas para que los demás las coman calientitas.

La familia de Jiasú está integrada por sus abuelos maternos, su papá, su mamá, dos hermanos mayores, una hermana y su hermano menor; son nueve en total.

Es una familia extensa porque incluye a los abuelos; el padre es la máxima autoridad, aunque la madre es respetada y escuchada en las decisiones.

Jiasú, que en este momento ve a toda su familia en la cocina, sabe que no siempre es así, pues muchas veces su papá no está con ellos. El señor trabaja como albañil en la ciudad de México, por lo que sólo lo ve los fines de semana.

Jiasú, comiendo, piensa:

—Cuando veo a mi papá en la casa, es cuando se siembra; en ese tiempo mi papá está con nosotros.

También recuerda con tristeza cuando su papá no tiene trabajo:

—En ese tiempo sufrimos un poco y entonces mi mamá tiene que salir a lavar ajeno. ¡Cómo trabajan todos en mi casa! —recapacita Jiasú.

Su mamá y su abuelita trabajan en la casa; el abuelito, limpiando la milpa; sus hermanos, en la cabecera municipal, ayudan en diversas labores a varias familias; Jiasú, D'axtú y Tsijiarí ayudan







en las labores del hogar; además, Jiasú va a la escuela y los más pequeños se quedan en la casa con los abuelos.

—Jiasú, Jiasú, ¡despierta! —le dice su abuela—, ¡ah, qué muchacha, siempre en la luna, vas a tirar tus frijoles!

Sin que Jiasú se diera cuenta, transcurrió el tiempo de la comida; todos se levantan, es hora de recoger los trastes para lavarlos.



Como es sábado, los hombres de la familia se reúnen en casa de otros señores para platicar y beber pulque. Tsijiarí se va con los niños de las casas vecinas a jugar. La mamá, la abuela y las niñas se sientan en el solar a bordar y a hilar.

San José Villa de Allende se distingue por la elaboración de textiles en el telar de cintura, que tiene su origen en la época prehispánica.

El telar de cintura que usa la abuela de Jiasú tiene dos tiras de madera horizontales y paralelas que se sujetan en sus extremos con correas, la parte superior se fija a una estaca clavada al piso y la otra la abuela la sujeta alrededor de su



cintura, para así tensar firmemente los hilos amarrados a las tiras de madera con el movimiento de su cuerpo.

En ese telar, la abuela teje fajillas, enredos, rebozos, tiras que luego se bordan para coserlas a las enaguas de manta.

La madre de Jiasú borda hermosos manteles y servilletas que luego luce en sus fiestas o que lleva a la iglesia para adornar a los santos.

Al meterse el sol, la familia de Jiasú se reúne nuevamente en la cocina alrededor del fogón; mientras hierve el té que van a merendar, el abuelo empieza a contarles parte de sus recuerdos.

En esta noche, él les cuenta sobre el nombre de su municipio porque Fantejé, el hermano mayor, le pregunta:

—¿Oye, abuelo, tú sabes cómo se llamaba San José antes?

—Sí —contesta—. Mi abuelo, me contaba que el nombre original de la cabecera fue Attesí, que en mazahua significa lugar hermoso.

Jiasú interviene:

—Sí, abue, este lugar es precioso. Ya ves, tenemos árboles, flores. Todo está verde y colorido, además hay mucha agua que proviene de los ríos y arroyos.

—¡Sshh! —dice su mamá—, deja que tu abuelo termine.

—Sí —corean sus hermanos—. ¿Qué más, abuelito?

Continúa el abuelo con sus recuerdos:

—En la época prehispánica este lugar estaba habitado por mazahuas como nosotros.

Mejiesé interviene:

—Cuando iba a la escuela me dijo la maestra que mazahua es una palabra nahua que significa gente o poseedores de venados, porque en la antigüedad se dedicaban a la caza de este animal, el cual abundaba en estos bosques.

—¡Uh, eso hace miles de años! —dijo D’axtú.

—No tantos —dijo el abuelo—. Otros dicen que los otomíes les llamaban *nyampani*, que quiere decir los que hablan como venados.

—Y hay quienes dicen que el nombre es por las muchas enaguas que usamos la mujeres —dijo la abuela—. Nos decían “más nahuas” y de ahí terminaron llamándonos mazahuas.

El abuelo guardó silencio y se quedó un momento pensando; los nietos, su esposa y su hija observaban cómo hacía un esfuerzo por recordar. Luego de un momento continuó:

—Después, al lugar se le conoció como Malacatepec, del náhuatl *malacatl* y *tépetl* que significa cerro del malacate.

—¿Por qué malacate? —preguntó D’axtú.

—La palabra malacate —intervino la abuela— significa caña para torcer. Es un huso para hilar, una pequeña vara de madera con un volante pesado de piedra en forma de cono, estaba dedicado a la diosa protectora del oficio de tejer algodón en la época prehispánica. En la antigüedad, el malacate se colocaba en las manos de las niñas recién nacidas y luego se enterraba junto al cordón





umbilical, muy cerca del hogar, para que no se alejaran de su lugar de nacimiento.

—El oficio de hilar y bordar —interviene la madre—, se conserva en este lugar.

—Bueno —toma la palabra el abuelo—. Después se le dio el nombre de Villa de Allende en honor al insurgente Ignacio Allende.

Mientras la charla se desarrolla, meriendan té y tacos de frijoles.

Al terminar, la madre dice:

—Ya es hora de dormir, mañana tenemos que madrugar porque es domingo y vamos a vender a Villa de Allende.

Antes, el abuelo revisa el corral y se asegura de que la cerca esté cerrada para que no se salgan los animales.

La abuela les da de comer a los perros unas tortillas gruesas que se conocen como memelas.

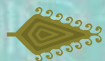
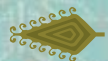
Jiasú y D'axtú terminan de lavar los trastes.

La madre coloca en un gancho que cuelga del techo la bolsa de pan, es costumbre de los mazahuas poner los alimentos fuera del alcance de ratas, ratones y tlacuaches.

Jiasú mete a los pollitos y a la gallina en un huacal, con la intención de protegerlos de los animales nocturnos.

Se van a dormir.

En el cielo brilla la luna llena en todo su esplendor; las estrellas lo cubren. Todo en ese momento es paz, que se interrumpe sólo con el aullido de los coyotes o el ladrido de los perros.





El domingo, con el primer canto del gallo, empieza la actividad para todos los miembros de la familia.

El padre, que salió más temprano, se fue a raspar los magueyes para el pulque, por lo que ya se encuentra preparándolo en el cuarto.

El abuelo, también ya de regreso, trajo leña que ya está cortando y acomodando en un montón, suficiente para las necesidades de la familia.

La abuela y la madre están preparando el desayuno.

Jiasú y su hermana alimentan a los animales; sacan a los pollitos y a la gallina del huacal, les dan de comer.

Cuando la madre los llama ya van a dar las siete de la mañana; la familia se reúne en torno al fogón y desayunan atole de masa, tacos de frijoles y salsa verde. Al terminar, se preparan para irse al pueblo.

Antes de salir hacia Villa de Allende, los hombres cierran las puertas de la casa, sueltan a los perros y parten hacia la cabecera municipal.

Todos visten sus mejores galas. El papá, el abuelo y los hermanos de Jiasú lucen camisa, pantalón y zapatos; el sombrero de paja de trigo sólo lo llevan su papá y el abuelo.

Jiasú le dice a su mamá:

—El traje de mazahua, con camisa, calzón de manta y huaraches, ¿ya no se usa?

—No, hija, está desapareciendo poco a poco —contesta su madre.

—En cambio, las mujeres seguimos usando la falda de manta blanca con bordados —comenta la abuela—. Sobre esa falda, nos ponemos otra de satín que es tableada, de colores fuertes, como el amarillo, rosa mexicano, morado, verde, lila y azul rey.

—También usamos esta faja de lana. Es muy larga, hecha a mano y alcanza para darle varias vueltas a la cintura. Y, por último, nos ponemos un mandil que lleva un encaje.



—Oye, abuelita, se te olvida que la blusa es del mismo color de la falda —interviene D'axtú, y la señala.

La blusa es tableada al frente, en la parte inferior tiene un olán, encaje en las mangas y en el cuello.

—Sí —contesta la abuela.

En silencio siguen avanzando. Jiasú observa el cuadro multicolor que forman los hombres al caminar adelante; las mujeres, que en general son de complexión gruesa, llevan el ritmo de su andar con el vaivén de sus faldas. Jiasú se da cuenta de que las mujeres aportan un toque de color a la escena que ven sus ojos, pues, además, usan rebozo y se adornan con un colorido collar de cuentas de numerosos hilos, llevan grandes arracadas de filigrana, su peinado de dos trenzas luce cintas rojas, verdes o guindas y calzan zapatos en vez de huaraches.

En ese momento recuerda su anhelo de ser una mariposa y se da cuenta de que su vestido, rosa mexicano, parece haberle robado el color a una florecilla silvestre.


Abre los brazos y corre para alcanzar a su madre; sus aretes y collares, al chocar entre sí, producen un sonido que le alegra el corazón.

—¡Soy muy feliz! —grita Jiasú.

—¡Cállate, muchacha, parece que estás loca! —le dice su abuela.

—No, abuelita, estoy muy contenta —le contesta Jiasú muy alegre.





En la última parte del trayecto hacia el pueblo se encuentran con varias personas a las cuales van saludando. Cuando ven a una persona mayor o a los compadres, la familia completa se detiene para darles la mano, tocándose a apenas la punta de los dedos, dando una palmada en el hombro y haciendo una ligera inclinación con la cabeza.

Por fin llegan al pueblo, ahí se dividen: los hombres por un lado y las mujeres se dirigen al lugar donde cada domingo se ubica el tianguis en Villa de Allende, donde se reúnen los vendedores de los pueblos y barrios cercanos para ofrecer sus productos.

—¡Jiasú y D'axtú, vengan conmigo a casa de don José González, a traer las tablas y las bases para poner el puesto y la mercancía que compramos en Zitácuaro! —les dice su mamá, que sigue caminado— ¡Tú, mamá, adelántate al mercado para que vayas sacando las cosas que traemos! —le dice a la abuela sin detenerse.

La mamá y las dos hijas se dirigen presurosas a la casa del señor González que se ubica al final de la calle principal; al llegar, tocan la aldaba de la puerta y esperan a que les abran.

Sale a abrir la esposa de don José.

—Buenos días, señora Linda, ¿cómo está? —la saludan las tres.

—Bien, gracias, ¿y tú, Anabi? —contesta la señora Herlinda, conduciéndolas por el corredor—. Vienen por sus cosas, ¿verdad?

—Sí —contesta Anabi, que va tras la señora Herlinda.

—Pasen.





Anabi se detiene para dirigir su mirada hacia la cocina.

—¿Y don José?

—Está bien; se fue al rancho porque tenemos unos animales que se van a vender y los va a separar para que el jornalero los traiga al mercado, a ver cuánto podemos ganar —le dice la señora Herlinda mientras se hace a un lado para dejarla pasar.

Siguen charlando, así llegan al cuarto que está en la parte de atrás de la casa; Anabi lo abre y prende la luz, entran Jiasú y D'axtú para sacar las tablas y las bases; cargándolas salen de la casa y se van directo al mercado.

Anabi saca una caja de manzana, otra de plátano y una de aguacate; las coloca en un diablito y las amarra. Se despide de doña Herlinda.

—Hasta luego. Por la tarde venimos a guardar las cosas. Gracias.

—Sí, Anabi, no te preocupes, ya sabes que aquí tienen un lugar para que no carguen todo hasta su casa —le dice doña Herlinda.

Anabi lleva las tres cajas al mercado, donde su mamá y sus hijas ya se encuentran colocando el puesto; sobre las tablas que se sostienen en la base extienden un plástico azul y empiezan a acomodar en montones las manzanas, los aguacates, los plátanos, las nueces y los chiles manzanos.

En otro espacio, sobre el suelo, acomodan en manojos las hierbas medicinales que llevaron de su casa: epazote de perro, yerba-



buena, manrubio, poleo de monte, gordolobo, té de monte, té de limón, tabaquillo, jocotera, ruda e iztafiate.

Este puesto es de la abuela, quien, por enseñanza de sus abuelos y padres, conoce las propiedades de las hierbas para curar algunos males.

Su puesto se coloca en el suelo, ella se sienta en cuclillas sobre un costal de yute para atenderlo.

Cuando el tianguis se empieza a montar da la apariencia de un total desorden. Los vendedores arman sus puestos con tablas o cajas, unos amarran plásticos para cubrirse del sol o de la lluvia, otros acarrean cajas llenas o vacías; en ese aparente caos hay un movimiento constante de los vendedores y unos pocos compradores.

Cuando los vendedores terminan de colocar sus puestos, parece que regresa el orden y se observan ya los caminos por donde han de pasar los compradores. Todo esto lo observa Jiasú, quien piensa:

—¡El tianguis es otra fiesta que se vive en mi pueblo!, ¡es tan bonito, con muchos colores, las frutas, las verduras, las telas, el pan, todo forma un cuadro muy bello!, ¡me encanta mi tierra!







Jiasú suspira, está sentada esperando a que se acerquen los compradores.

El mercado muestra toda una gama de colores, olores y sabores que surgen de los productos que se exponen. También hay ruidos que provienen de la algarabía de los vendedores al ofrecer sus productos, de los compradores que regatean el precio, de la música de los puestos donde se venden discos y cancioneros, de los sonidos de los animales vivos: gallos, gallinas, pollos, pollitos, guajolotes, conejos y borregos, entre otros.

Cerca del mediodía se oye el repicar de las campanas de la iglesia llamando a misa; antes de la segunda llamada, la mamá de Jiasú le dice a la vendedora que tiene su puesto cerca del suyo:

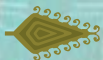
—¡Oye, Juana!, te encargo mi puesto y el de mi mamá mientras nos vamos a misa —se levanta, se acomoda las faldas y se pone el rebozo.

—Sí —le contesta Juana que está sentada—.

¿A cómo son los montones y los manojos?

—Los montones a diez y los manojos de hierbas a tres —contesta la abuela mientras se pone su rebozo.

Juana atenderá los puestos, en lo que ellas asisten a misa. Al regresar, si se vendió algo, les hará entrega del dinero.



La abuela, Anabi, D'axtú y Jiasú se van a misa; mientras empieza, Jiasú recorre con la mirada el interior del templo, observa que el altar es de madera con dorado y que a un lado hay una urna donde están depositados los restos de los curas fundadores de la iglesia.

En la parte alta, en el centro, hay un óvalo con la imagen de la virgen de Guadalupe, el cual tiene más de trescientos años. En la bóveda hay antiguas imágenes pintadas al óleo como *El desposorio de san José y la virgen María*, *La huida de san José y la virgen con el niño Jesús en brazos*, *El regreso con el niño Jesús después de perderse tres días* y *La muerte de san José*.

Jiasú, al observar las imágenes, mueve su cuerpo, por lo que su madre le dice:

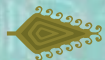
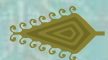
—Estate quieta, deja de voltear porque te distraes y éste es un lugar de oración.

Las mujeres mazahuas son fieles creyentes. D'axtú le pregunta a su mamá:

—¿Por qué los hombres se separan de las mujeres?

—¡Cállate! —le dice su mamá.

En Villa de Allende se acostumbra que los señores ocupen la parte izquierda de la iglesia y las mujeres la derecha.



Al iniciar la misa se dan cuenta de que se va a celebrar la boda de una pareja mazahua.

—¡Mira, mamá, se van a casar Ndemejé y D'axtú!

Los mazahuas se casan únicamente entre miembros de la misma comunidad. El matrimonio se lleva a cabo mediante el pedimento, donde el novio va junto con sus padres a hablar con los padres de la novia; llevan un regalo que usualmente consiste en una botella de licor, pan y fruta.

Se realizan tres visitas, en la última se llevan regalos diversos. Cuando la familia de la novia ha dado su consentimiento, se fija la fecha de la boda.

El novio tiene la obligación de dar una cantidad de dinero, semanal o quincenal, a su futura esposa para gastos de la boda u otros.

Muchas veces, para evitar los altos costos del pedimento, los hombres se roban a la novia para después pedir “el perdón”.

Los padres del novio, y los interesados, van a solicitar el perdón y fijan la fecha para la ceremonia matrimonial; en esa visita llevan productos alimenticios como regalo.

Al terminar la ceremonia religiosa, la familia de Jiasú va a felicitar a los nuevos esposos.

—¡Felicidades, que tengan una buena vida! —les dice la abuela.

—No vamos a asistir a la fiesta, porque tenemos que vender —les dice el padre de Jiasú.



—No se preocupen, lo entendemos —le dicen los novios—.
Vayan a cumplir con su obligación, los esperamos mañana al reca-
lentado.

—Sí, mañana ahí estaremos —contesta Anabi.

Es una costumbre de los miembros de la comunidad que, aun-
que no se les invite a la fiesta que se organiza con la ayuda de los
padres de los novios, los amigos, vecinos, familiares y padrinos,
todos puedan acompañarlos y participar de ella.

La abuela, Anabi, D'axtú y Jiasú se dirigen rápidamente al
tianguis porque ésta es la hora de más venta y hay que aprovechar
la salida de las personas de misa. Se apresuran a llegar a su pues-
to para pregonar la mercancía ante los posibles compradores que
pasen por él.

—¡Lleve su manzanilla, el maíz, las nueces! —pregona su
mamá.

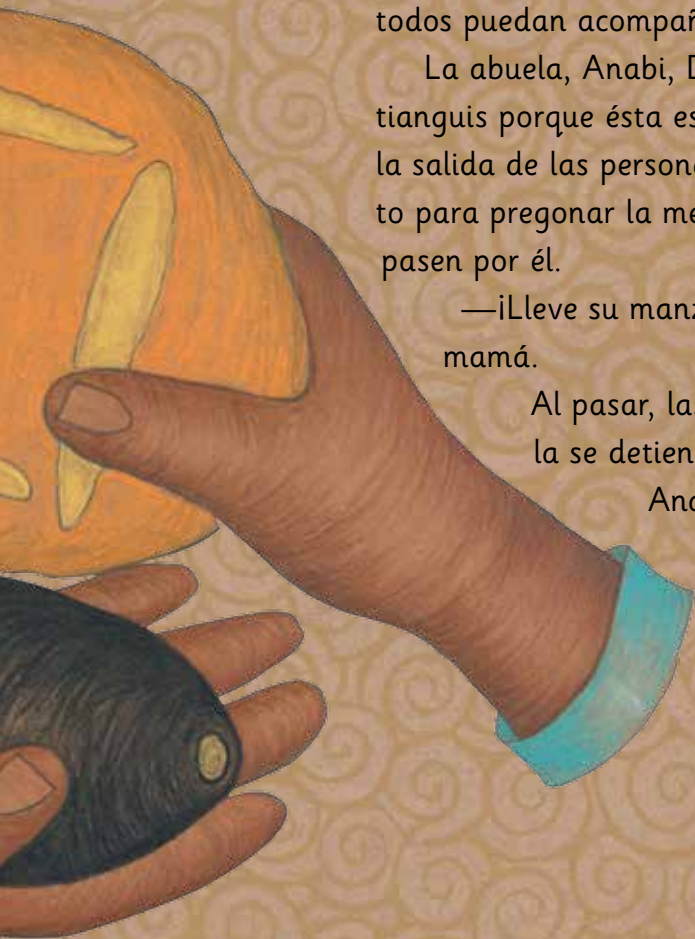
Al pasar, las personas que conocen a Anabi o a la abue-
la se detienen y las saludan.

Anabi aprovecha para ofrecer su mercancía, la
cual logra vender en muchas de las ocasiones.

La señora Irma, que vive en la Cabe-
cera de Indígenas, se acerca al puesto con
una canasta de pan y le dice a Anabi:

—¿Me cambias pan por aguacate?

—Sí, ¿cuánto quieres? —le contesta Anabi.



—Un montoncito —dice Irma.

Anabi entrega un montón de aguacate y recibe a cambio dos panes de rancho.

Esta forma de intercambiar productos, sin usar dinero, se denomina trueque, aunque también se le conoce como ranqueo.

La abuela de Jiasú también ranquea cuando ya es tarde. La mercancía que le sobra se la lleva en una canasta y en los diversos puestos la cambia por algunos productos como frijol, pan de rancho, tortillas, queso y verduras.

Cerca de las dos de la tarde se preparan para comer ahí mismo.

Para la comida tienen tortillas, carne, queso, aguacate, pápalo, cilantro jitomate y chiles verdes.

—¡Jiasú, busca a tu papá, al abuelo y a tus hermanos para que vengan a comer! —le dice su mamá.



Jiasú y su hermana los van a buscar por el centro del pueblo. A su papá y a su abuelo los encuentran en una de las tiendas, platicando con otros señores. Al verlos, se acerca Jiasú y les dice: “¡Ya vamos a comer!”.

Los hombres se despiden y se dirigen al tianguis. Jiasú y D’axtú siguen buscando a sus hermanos. Los encuentran en el kiosco, con otros muchachos de su edad. Con un poco de vergüenza Jiasú se acerca al grupo y llama a su hermano.

—¡Fantejé, ven!

El hermano voltea y se separa del cuchicheo de los jóvenes.

D’axtú le dice:

—¡Mi mamá dice que ya vamos a comer!

—¡Sí, ahorita vamos! —contesta Fantejé.

Se reúne la familia en el lugar donde tienen el puesto, las mujeres se sientan en el piso y los hombres permanecen parados. Todos comen tacos de queso y carne; beben refresco. Durante la comida el padre de Jiasú comenta:

—¡Nos acaban de avisar que estoy propuesto para ser mayordomo en la fiesta de *Corpus Christi*! Y los fiscales son de San Agustín.

El padre de Jiasú se muestra contento porque esta elección significa que va a ganar el respeto del pueblo y le permitirá, en el futuro, participar en las grandes decisiones de la comunidad.



Al ver al señor tan contento, toda la familia lo celebra con alegría, aunque saben que es un compromiso que implica gastos.

Al terminar de comer, nuevamente se separan; las mujeres y Tsijiarí se quedan en el puesto, los hombres con los amigos de su edad.

Cerca de las seis de la tarde recogen la mercancía, suben al diablito las cajas de los productos sobrantes, así como las tablas y las bases para llevarlas a casa de don José y guardarlas.

Anabi, con sus hijas, va hacia allá; sólo se oye el chirriar de las llantas del diablito sobre las piedras que cubren la calle que las conduce a la casa.

Al llegar, tocan la aldaba y sale doña Herlinda, quien pregunta:

—¿Qué tal les fue en las ventas?

—Bien, doña Linda, por lo menos para la semana ya tenemos —contesta Anabi.

—¿Y ustedes, preciosas? —se dirige a Jiasú y a D'axtú.

—¡Bien! —contestan en coro las dos niñas que, avergonzadas, se esconden atrás de Anabi.

—Vamos a pasar al cuarto a guardar esto, en la semana vengo a escoger la mercancía que ya esté madura para que no se nos vaya a echar a perder —dice Anabi.

—Sí, con todo gusto. Ustedes son unas finas personas, por eso les doy permiso de que guarden aquí sus cosas —dice la señora Herlinda.

Al terminar de guardar y acomodar la mercancía en el cuarto, salen y se despiden de la señora. D'axtú echa a correr para llegar antes al mercado, donde la abuela las espera con los bultos preparados a fin de que, envueltos en su rebozo, los carguen sobre la espalda. En el mercado esperan a que lleguen los hombres; cuando lo hacen, se despiden de los vendedores y regresan a su casa.

En el camino se ve un peregrinar de habitantes de los poblados vecinos que se dirigen a sus hogares, cargados con los productos que compraron o cambiaron en el tianguis. Al acercarse a su casa, Jiasú y su familia empiezan a oír el ladrar de los perros que les dan la bienvenida. Dos de ellos se aproximan hasta ellos, saltando las cercas. Jiasú, D'axtú y Tsijiarí corren al encuentro de los animales.

—¿Cómo se portaron sin nosotros? —les dice Jiasú.

Los perros se acercan y se dejan abrazar por la pequeña, saltando y moviendo la cola, uno le da un lengüetazo en la cara. Jiasú hace un gesto y le grita:

—¡Quítate, Vinosolo, me ensucias con tu baba!

El último tramo hasta su casa lo hacen acompañados de los perros que no dejan de ladrar, ya en el límite de su casa, los reciben los otros canes.

Es un ruido ensordecedor de ladridos y gritos de los pequeños que los tratan de callar. Hasta que el papá de Jiasú espanta a los perros con su sombrero, lo que hace que se alejen más tranquilos, reconociendo quién es el amo.



Hasta ese momento es cuando la familia puede seguir su camino a la casa.

Antes de descansar, cada uno de los miembros de la familia tiene que hacer las actividades que no hicieron mientras estuvieron fuera. Después de eso la familia merienda y se va a dormir.

Unos días después, el delegado visita al papá de Jiasú para avisarle formalmente del nombramiento.

—En la junta que tuvimos en la delegación, el sábado pasado con los fiscales del poblado de San Agustín, se decidió que fueras elegido como mayordomo de San Juan para la procesión de *Corpus Christi*.

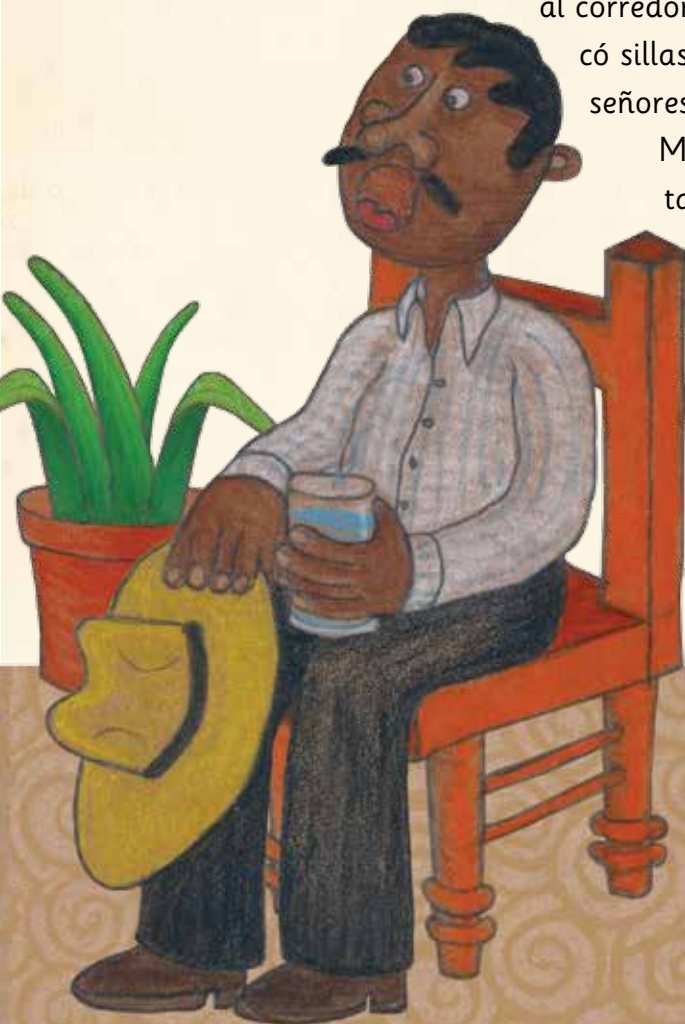
—Sí, algo me comentaron el domingo mis compadres. Sólo



esperaba que me lo dijeras tú como máxima autoridad de nuestro pueblo de San Pablo —comenta el padre de Jiasú, que con señas lo invita a pasar.

El delegado y el papá de Jiasú se dirigen al corredor, donde Anabi ya colocó sillas para que se sienten los señores.

Mientras se sienta y se quita el sombrero, el delegado le comenta:



—Ya sabes que como mayordomo tienes que preparar la festividad religiosa del santo y adornarlo para la fiesta del jueves de *Corpus Christi*. Te van a ayudar los fiscales.

—Les agradezco la confianza que depositan en mí y en mi familia para cumplir con este compromiso —señala el padre de Jiasú, quien haciendo una seña pide a su esposa que traiga dos vasos de agua.

Anabi se adelanta y le ofrece un vaso de agua al delgado. Al terminar de tomar el agua, se despide, no sin antes avisarle a la familia:

—El sábado es el cambio de mayordomos, los esperamos en la iglesia.

Como el cambio está próximo, la familia de Jiasú tiene que comprar ceras y lo necesario para dar de comer a los asistentes.

El sábado se reúnen en la iglesia el delegado municipal, el comisario ejidal, los mayordomos salientes y los entrantes.

El papá de Jiasú recibe la caja del santo, ésta contiene manteles, la vestimenta de San Juan en diferentes materiales, coronas, anillos, cadenas, dinero y velas.

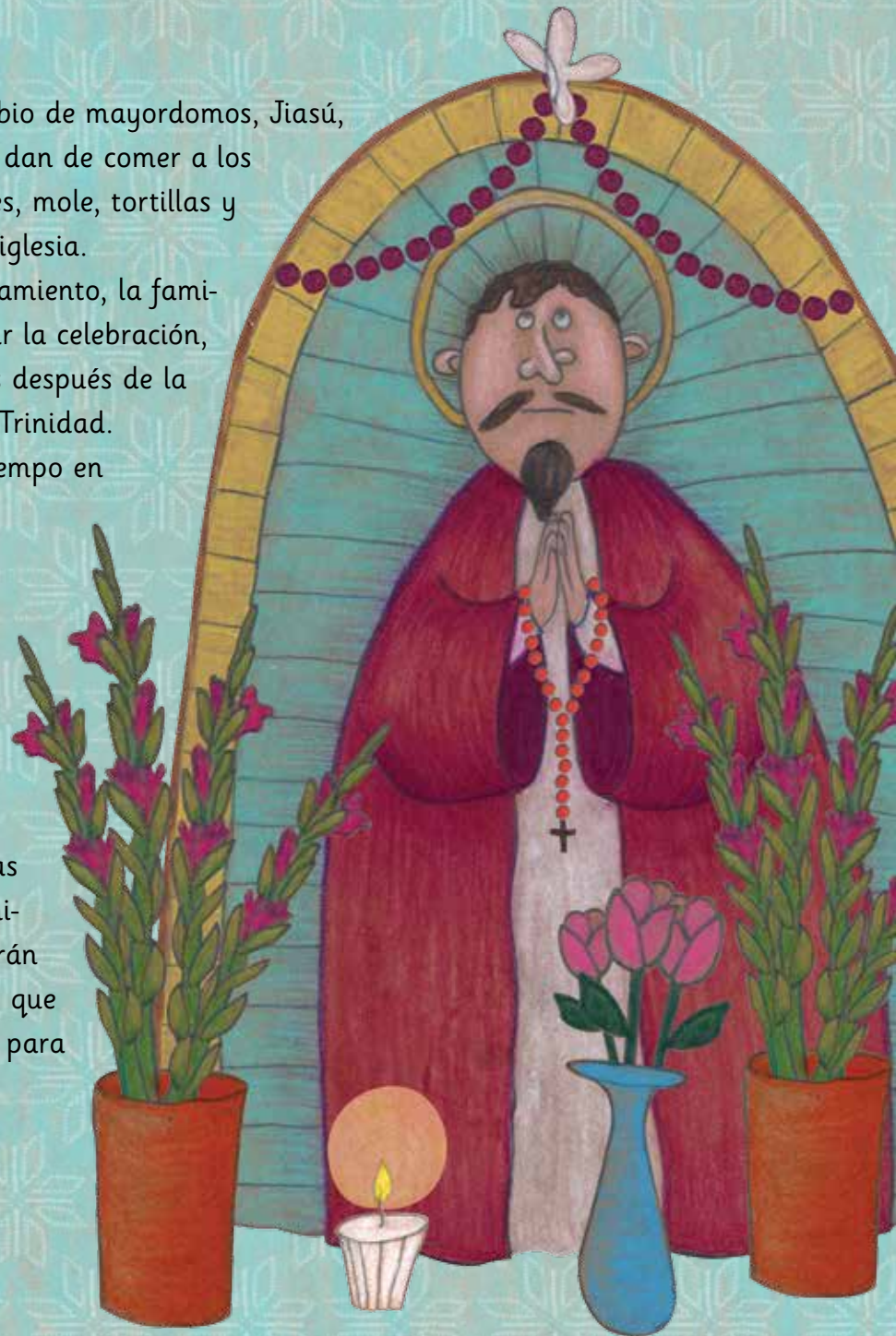
La familia de Jiasú conservará la custodia de la caja durante el año que el padre tenga el cargo de mayordomo. El señor será responsable de llevar el santo a la casa que lo solicite y, si éste permanece en su casa, lo tendrán en un altar siempre con flores, velas y copal. Deberán rezar al santo en familia.

Al terminar el cambio de mayordomos, Jiasú, su mamá y su abuela, dan de comer a los asistentes arroz, frijoles, mole, tortillas y agua en el atrio de la iglesia.

A partir del nombramiento, la familia empieza a organizar la celebración, que es el primer jueves después de la fiesta de la Santísima Trinidad.

Así transcurre el tiempo en la casa de Jiasú, entre preparativos, visitas y oraciones, hasta que llega el día.

Unos días antes, Anabi y su esposo visitan a las personas que les ayudarán a invitar a las cocineras que prepararán la comida, a las que a ayudarán a servir, a los hombres que van a acarrear la leña para



cocinar, a los que van a contratar a los grupos de danzantes y a los coheteros.

Los hermanos mayores, Fantejé y Mejiesé, se encargan de comprar velas, flores, copal y los adornos para la iglesia, el atrio y las calles.

El día de la fiesta, muy temprano, el papá de Jiasú, su abuelo y sus hermanos mayores adornan a San Juan con flores naturales, cadenas de papel de colores, pan, palomas vivas, frutas y ramas verdes de plantas de ornato; lo colocan en andas para llevarlo hasta la iglesia.

Anabi viste a sus hijos con sus mejores galas y prepara para Tsijiarí un huacal repleto de enseres domésticos en miniatura, para D'axtú y Jiasú

canastas con frutas y flores naturales; como una costumbre de la fiesta de *Corpus*



Christi, los niños llevan en su espalda un huacal pequeño y las niñas una canasta.

Poco antes de las once del día, algunas personas llegan a la casa de la familia de Jiasú para acompañarlos en la procesión.

A las once en punto, varios señores cargan al santo y todos se preparan para llevarlo hasta el pueblo. Mientras avanzan, se lanzan los primeros cohetes; detrás, las personas caminan en filas.

Al principio van los niños y las niñas, todos con canastas y huacales. Las mamás se colocan junto a sus hijos, entonan alabanzas y comienza la procesión.

Jiasú, que va muy cerca de su abuelo, comenta:

—La fiesta de *Corpus Christi* es muy bonita, abuelito.

—Sí, es una tradición de nuestro pueblo.

—Oye, abuelito, ¿por qué los niños llevan huacal con juguetes y nosotras llevamos flores?

—Porque antes el jueves de *Corpus* veníamos los campesinos y los artesanos a la iglesia y traíamos las mulas cargando los frutos de nuestra cosecha y las artesanías para ofrecérselos a Dios como señal de agradecimiento. Como usábamos las mulas, en algunos lugares se conoce a la fiesta como Día de las Mulas.

El abuelo deja a su nieta y se acerca a los hombres. Durante el recorrido cantan alabanzas y siguen lanzando los cohetes para anunciar el paso del santo.



El grupo de personas que acompañan a San Juan se va haciendo cada vez más grande a medida que se acercan al pueblo.

Al llegar, Jiasú se da cuenta de que hay vendedores de mulitas hechas con hojas secas de maíz y patas de varitas, van adornadas con flores de papel crepé en vivos colores y espolvoreadas con diamantina blanca, sobre el lomo llevan huacales con dulces, frutas secas y otros objetos ornamentales.

Hay también artesanías en miniatura: cazuelas, jarros, platos, cántaros, ollas, anafres, comales, cestos para tortillas, molcajetes, coladeras, embudos, metates, etcétera.

En el atrio de la iglesia ya se encuentran otros mayordomos con el santo que tienen en custodia, esperan que el padre salga a recibirlos para asistir a misa.

Jiasú está muy contenta, sus ojos brillan de felicidad al ver cómo se cumple con la tradición de celebrar el *Corpus Christi*. Es una gran romería.

Al terminar la misa, el sacerdote bendice las imágenes de los santos y a los pequeños. Es un cuadro multicolor.

Los mayordomos invitan a los asistentes a sus casas para comer en honor del santo que tienen a su cargo.

En el atrio, todas las personas se acercan a disfrutar de los danzantes contratados.

Jiasú se acerca al círculo que forma la gente para ver la danza de los concheros. Esta danza acompaña su ritmo con teponastles y



caracoles, su vestimenta es de origen prehispánico, llevan espejos y bellos penachos hechos con plumas de diversas aves.

Jiasú reflexiona:

—Nuestra gente es muy alegre, necesita del canto y la música en todas sus fiestas.

Al terminar de ver a los danzantes, la familia de Jiasú se va a su casa, acompañada de las personas que quieran ir a comer con ellos.

Al llegar a su casa, Jiasú percibe los olores de la comida que surgen de las ollas y cazuelas que están sobre los comales. Entra a la cocina donde están las señoras moliendo en los metates la masa para hacer tortillas que, en esta ocasión, son azules y blancas.

Jiasú sale al solar y ve que, en largas mesas adornadas con manteles blancos, se sientan los invitados a comer arroz, mole, frijoles de la olla y tortillas hechas a mano.

Así pasa el día de la fiesta; las personas que les ayudaron se van hasta que terminan de recoger y limpiar todo lo que se utilizó.





Al día siguiente, la familia de Jiasú atiende todavía a algunos invitados que van al recalentado.



Para la familia el tiempo pasa entre las labores domésticas, el cuidado de los animales, la escuela y el trabajo del campo.

A finales de octubre, la familia se prepara para la celebración de Los Muertos que empieza el 31, día dedicado a los difuntos más pequeños que no fueron bautizados. El uno de noviembre se dedica a los niños que sí lo fueron y el dos se celebra la fiesta más grande.

—Oye, mamá, ¿por qué hay que recordar a los muertos?

—Jiasú, esta celebración es parte de nuestra cultura y el recordar a los difuntos es importante para no olvidarlos.

—¡Ve a la cocina por las cazuelas que ya preparó tu abuela!

Anabi, en una mesa que cubre con manteles bordados y papel picado, coloca el pan adornado y espolvoreado con azúcar, la calabaza en tacha con sus cañas y tejocotes, tamales, una vasija con agua, dulces de azúcar de variadas figuras y las veladoras, una por cada difunto.

Entra Jiasú con una pequeña cazuela de mole y otra de arroz, y D'axtú con una olla de atole.

—Mira, mamá, aquí están las cazuelas.

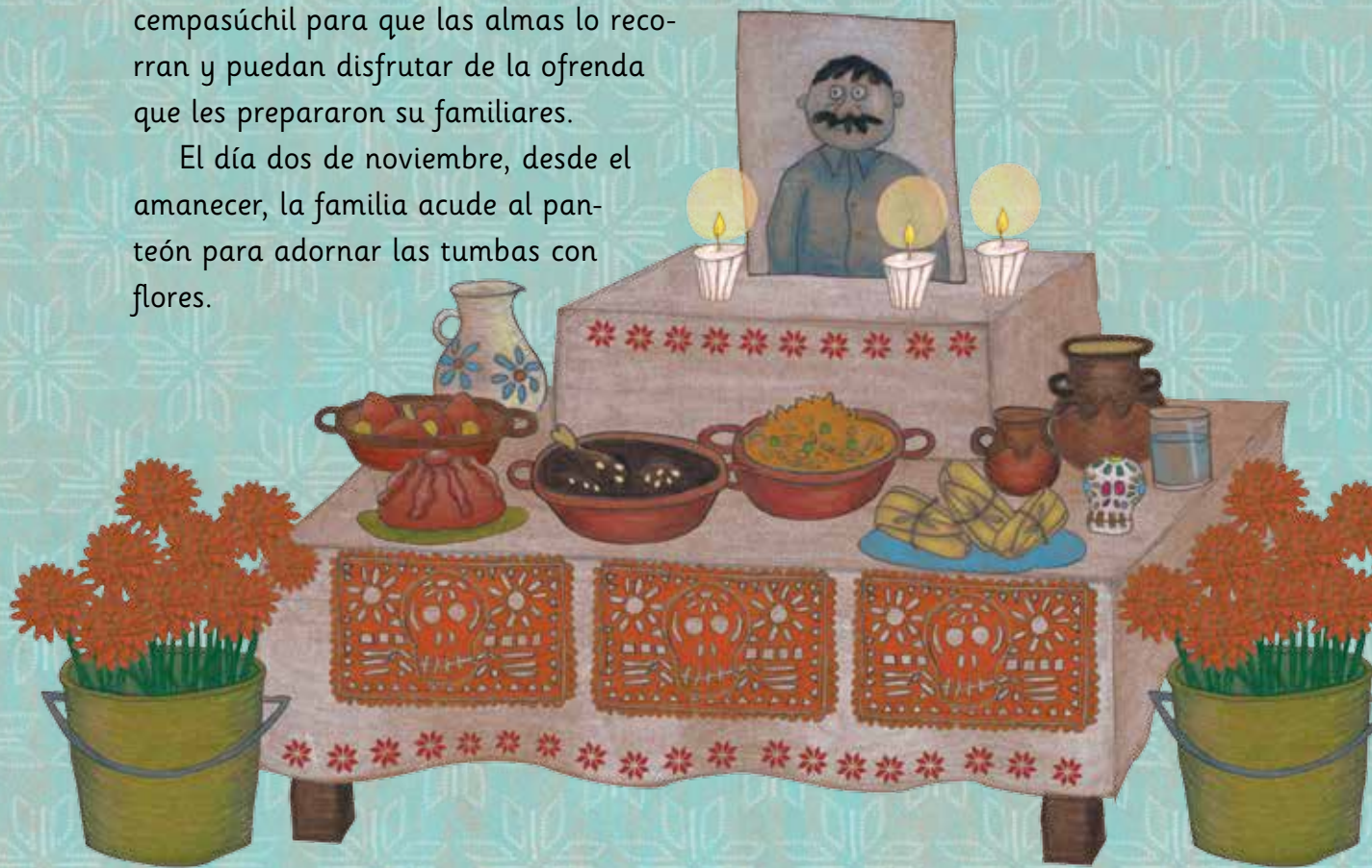
Anabi las coloca en la mesa junto con una jarra de pulque.



—¿Ma', por qué les ponemos esto si ya no pueden comer?
—pregunta D'axtú.
—Éstos son los alimentos que preferían en vida. Se cree que en estos días Dios les da permiso de venir; no comen como nosotros, pero se llenan con el olor de la comida. Ven mañana, trata de encontrar el aroma de los alimentos y verás que no se percibe.
Debajo de la mesa coloca grandes cubetas llenas de flores silvestres y cempasúchil. No puede faltar la fragancia del copal.

Jiasú, Tsijiarí y D'axtú forman un camino con los pétalos del cempasúchil para que las almas lo recorran y puedan disfrutar de la ofrenda que les prepararon su familiares.

El día dos de noviembre, desde el amanecer, la familia acude al panteón para adornar las tumbas con flores.





Al regresar de la celebración de los difuntos, Jiasú se va corriendo al campo.

Al llegar a una loma se sienta a observar el paisaje del atardecer que, con los últimos rayos del sol, cambia de color. Antes de que éste se oculte, Jiasú se recuesta en la hierba; ahí permanece boca arriba con los brazos abiertos.

Jiasú siente tanta paz que cierra los ojos y permanece quieta oyendo el viento que se cuele entre los árboles hasta que el sueño la domina.



No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando entre sueños oye una voz:

—¡Abuelita, despierta!

Jiasú siente que la mueven suavemente y poco a poco abre los ojos. Se los talla con las manos queriendo retener todo lo que vio antes, pero las imágenes desaparecen, como si el viento se las llevara. Y sólo siente el viento sobre su rostro. Ese viento que mece suavemente las ramas del árbol que está frente a su casa.





Con la vista recorre sus manos encallecidas por el trabajo y arrugadas por la edad. Se da cuenta de que ya no es aquella niña que corría entre las flores en el campo abierto.

El tiempo ha pasado, ahora es una anciana que, sentada en una silla debajo de la sombra de un árbol, observa el campo que se extiende frente a sus ojos; ese campo que tanto ama, esas flores y esos árboles a los que el viento mece mientras le trae a su nariz diversos aromas.

Hace tiempo, mucho tiempo, que no cruza corriendo ese campo. Pero sí sabe que puede atrapar el colorido y los aromas en su mente para retroceder en el tiempo y recordar la época en que fue niña.

Su nieta, quien también se llama Jiasú, es una jovencita de dieciséis años que la abraza y la besa.

—Abuelita, te dormiste mucho tiempo. ¿Qué estabas soñando que te veías tan feliz?

—Hija, soñé que estaba en el campo, que el viento me hacía volar como una mariposa. Recordé muchas cosas que me hacen tan feliz.

—¡Cuéntamelas, abuelita!



—Otro día, hijita, ahora no. Tenemos mucho tiempo para compartir. Trae tu costura, vamos a bordar. Tienes que aprender muy bien para que, cuando yo no esté, tú les enseñes a tus hijas esa tradición de las mujeres mazahuas y no se pierda; el bordado nos pertenece y a través de él expresamos nuestro sentir.

—Está bien, abuelita; te quiero mucho.



Al terminar su labor, nieta y abuela se encaminan abrazadas hacia la casa. Atrás de ellas sopla el viento, ese viento que tanto atrae a Jiasú, que la hace querer ser mariposa y volar, volar, volar a través de las nubes y más allá, como sus recuerdos.



María Elena García Reyes (Villa de Allende, 1955) estudió en la Escuela Normal del Estado de México y posteriormente cursó la licenciatura en Físicomatemáticas en la Escuela Normal Superior de la misma entidad; también realizó estudios de posgrado en el Instituto Superior de Ciencias de la Educación. Ha laborado como pedagoga e investigadora educativa en el Departamento de Elaboración de Libros de Texto y en la Dirección de Programación y Evaluación. Es coautora del libro *Matemáticas I*, para el primer grado de educación secundaria; autora de la obra *Aprendizaje escolar en matemáticas: una perspectiva constructivista*, y coordinadora de la revista trimestral *Apoyo didáctico*, así como de los folletos *Didaxis* del Departamento de Libros de Texto.



Rocío Solís Cuevas (ciudad de México, 1982) es egresada de la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y del diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración (2013). Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, el Consejo Estatal de Población del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Entre sus trabajos como ilustradora figuran la *Guía infantil del Museo Nacional del Virreinato*, *Gregoria la Grande*, *Globos gallinas botones*, *Diario garabato*, *Entre monstruos* y *Rostros de la lectura*.

Jiasú y el viento, de María Elena García Reyes, se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Armando Rodríguez Rodríguez, ubicados en Avenida 519 núm. 199, en San Juan de Aragón, primera sección, delegación Gustavo A. Madero, C.P. 07969, en México, D.F. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Sassoon Infant*, de Rosemary Sassoon, de la fundidora monotype Corp. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Jonathan Ricardo García Trejo. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.

